

## LA VIOLENCIA

*por Francisco-Manuel Nácher*

- ¿De dónde sale tanta violencia?

- Del cine.

- No me digas. La violencia ha existido desde mucho antes de inventarse el cine. ¿Qué crees tú que hacían los asirios varios siglos antes de Jesucristo? ¿Y qué me dices de Atila? ¿Y de Napoleón? ¿Y de...?

- Por supuesto. Violencia ha existido siempre. Pero siempre la han ejercido unos cuantos. Siempre ha sido algo ajeno a la vida, algo como un mal necesario o soportado, pero nunca ha impregnado el aire de modo permanente, como está ocurriendo ahora, ni nunca se ha proclamado como solución para casi todo. Y yo pienso que el gran culpable de ese paso atrás es el cine, bien en la gran pantalla, bien en la pequeña.

- Explicate, pues yo no veo que sea para tanto.

- Para eso tendré que remontarme, como tú has hecho, varios milenios atrás.

- Bien, pues remóntate.

- Me remonto. Al principio de los tiempos, cuando el hombre vivía en familias aisladas y se dedicaba a la caza, el individuo era muy importante y la familia, cuanto más numerosa, más posibilidades tenía de sobrevivir. Por eso, cuando un individuo de una familia perjudicaba a otro de otra distinta, toda la familia del ofendido se sentía en la obligación de responder "adecuadamente" con el fin de privar a los otros de la posibilidad de reincidir. No existía ninguna proporcionalidad entre la ofensa y la respuesta. Si uno había matado al hijo de otro, por ejemplo, la familia de éste mataba a todos los miembros que podía de la familia del agresor. Esto es lo que se llama, técnicamente, "la venganza de la sangre" que, por cierto, aún practican los mafiosos en Sicilia y otros lugares, y los gitanos.

Pasados unos milenios, allá por el siglo XVII a.C., durante el gobierno, en Babilonia, del rey Hammurabi, se puso una limitación a tal desequilibrio. Para entonces los hombres ya habían descubierto la agricultura, que los había convertido de nómadas en sedentarios, y se habían agrupado en ciudades-estado. Para éstas los individuos seguían siendo valiosos y necesarios: La ciudad más poblada era, generalmente, la más poderosa. Las familias seguían existiendo dentro de la ciudad. Pero

algo había cambiado. Cuando un ciudadano mataba al hijo de otro ciudadano, a la ciudad ya no le interesaba perder por ello innumerables habitantes; de modo que hubo que establecer un límite para la venganza y hasta para la justicia impartida oficialmente, y esa limitación, (por supuesto sólo para las relaciones entre habitantes de una misma ciudad-estado, ya que frente a los extraños seguía rigiendo la venganza de la sangre), que durante miles de años supuso el no va más de la justicia fue, ni más ni menos que el "ojo por ojo y diente por diente", es decir, la conocida Ley del Talión, promulgada precisamente en el Código de Hammurabi. Y, realmente, hay que reconocer que fue un gran paso.

- A mí me parece una barbaridad.

- Pues fue un adelanto. Porque, si uno mataba al hijo de otro, éste tan sólo tenía derecho a matar a un hijo, y sólo uno, del ofensor. Y, si iban a juicio, el juez no podía condenar al agresor más que a perder un hijo y nada más. Y, si el agresor le había sacado un ojo al otro, el juez sólo podía condenar al primero a que le sacaran un ojo. Y así en todos los casos. Desde Hammurabi, pues, ya fue imposible la venganza de la sangre.

- Visto de ese modo pudo ser un adelanto, pero...

- Sí, lo sé. Hoy nos parece una barbaridad pero eso se debe a que, desde Hammurabi hasta hoy han pasado algunas cosas, entre otras, que se ha dado un paso más en la administración y en el concepto de justicia, que ha consistido en eliminar las penas corporales sustituyéndolas por privación de libertad, el aplicar la pena proporcionada al delito y el tener en cuenta las circunstancias del delito y del delincuente. Y continúo con la historia:

- Vale.

Por aquellos tiempos de Hammurabi o poco después, apareció en la escena mundial el pueblo hebreo, cuyo fundador se supone que fue Abraham. Bueno, aparecieron muchos pueblos pero el que nos interesa es el hebreo. Y, por obra y gracia de Moisés, su historiador y legislador máximo, adoptaron la Ley del Talión, que estaba de moda entonces, para las relaciones entre hebreos, y la venganza de la sangre para las relaciones con extraños, y que, como también era moda, tradujeron más o menos diciendo, más o menos: "odia a tu enemigo y, si puedes, devuélvele la ofensa". Ten en cuenta que, hasta Moisés, bueno, hasta la cautividad en Egipto, los hebreos habían sido pastores nómadas.

Llegó más tarde la religión cristiana, es decir, su fundador, puso el listón más alto al decir: "Ama a tu enemigo y perdónalo y ruega por él, aunque no pertenezca a tu pueblo".

El mensaje hebreo se conservó, como es lógico entre los hebreos. Aún, hoy día, es algo normal el comprobar cómo, ni ellos ni los árabes, por ejemplo, seguidores de otra religión que también hizo suya la Ley del Talió y, por tanto, la venganza institucionalizada, - que no la rehabilitación - son capaces de perdonarse recíprocamente. Y ¿por qué? Pues porque lo llevan desde siglos en la sangre, porque lo han estudiado en sus libros sagrados, porque, en lo más profundo de su psique, tienen instalado un programa que les hace, casi inevitablemente, actuar así frente a cualquier ofensa de otro pueblo, y esa es su concepción instintiva de la justicia. Y, quiero manifestar que soy un admirador incondicional del pueblo hebreo. Es, sin duda, uno de los que más celebridades, tanto religiosas - no olvidemos que el propio Jesús, y sus padres y sus apóstoles y los primeros cristianos eran hebreos - como artísticas, científicas o literarias ha dado y sigue dando al mundo. Y que conste que tengo entre ellos muy buenos amigos. Y sé que no todos piensan así. Pero, a nivel institucional, a nivel raza, como grupo, no pueden evitar que se les escape el pronto de la venganza y no se les ocurra el perdón frente a los no judíos.

- Es cierto.

- En cambio, como consecuencia del mensaje cristiano - y ello al margen de que uno sea más o menos practicante o más o menos creyente o ateo - la cultura occidental ha estado impregnada por ese mensaje que nos hace estar programados para perdonar ("*hasta setenta veces siete*", dijo Cristo), para tratar de comprender a la otra parte, para darle otra oportunidad, en una palabra, creer en la posibilidad de la regeneración y la enmienda, ya que ninguno de nosotros somos perfectos. Hablo de algo que, también inconscientemente, llevamos dentro. Por supuesto, no quiero decir que no haya habido entre nosotros guerras ni luchas ni injusticias pues bárbaros los hay en todas partes, pero la manera última de sentir es ésta y ello nos condiciona. Mira sino lo ocurrido tras las dos guerras mundiales: Se ha firmado la paz, se han olvidado los agravios, se ha comenzado la reconstrucción y aquí no ha pasado nada. Mira, por el otro lado, qué ha ocurrido y qué está ocurriendo con el pueblo hebreo. Hubo un loco, que hizo ciento - como siempre - que se dedicó a masacrar al pueblo de Israel. De eso hace ya muchos decenios, pero los israelitas aún no lo han olvidado. Y, lo que es peor, no lo han perdonado. Y aún siguen buscando,

capturando, juzgando y ejecutando nazis dondequiera que los encuentran. ¿Que fueron unos asesinos? ¡Claro que sí! Unos asesinos merecedores de todas las sanciones concebibles, pero, ¿qué se consigue con vivir tantos años alimentando el odio y el afán de venganza?

¿Por otra parte, qué está ocurriendo, desde la fundación del estado de Israel, entre hebreos y palestinos, ambos con la venganza como norma moral institucionalizada para reaccionar ante las ofensas?

Mira, por otro lado, lo que ocurrió, por ejemplo, en España con la conquista romana (y digo España como podría decir cualquier pueblo europeo): Cuando llegaron aquí los romanos, en la Península Ibérica vivían los iberos, los celtas y los celtíberos, cada uno de ellos con su lengua, su religión, sus monumentos y su cultura. Imagínate lo que debió ser la conquista romana que, prácticamente, no quedó nada de esos pueblos: No se conocen sus lenguas, se han conservado los Toros de Guisando, las Damas de Elche y de Baza y... poco más. La destrucción de sus culturas, de sus religiones, de sus tradiciones, de sus lenguas, fue total. Y, sin embargo, esos pueblos se mezclaron con los romanos y no se les ha ocurrido, a lo largo de los siglos, fijarse en aquella hecatombe de modo obsesivo, ni odian a los romanos, ni intentan vengarse. Tuvieron su Numancia y su Sagunto, pero supieron asimilarlos y, cuando los recuerdan, lo hacen con orgullo pero sin odio. Y en la Galia y en Germania y en Britania ocurrió algo parecido con la llegada de César y sus ejércitos.

- Sí, tienes razón. Es deplorable. Pero ¿qué tiene todo esto que ver con el cine?

- Tiene mucho que ver y verás por qué, pero antes quiero que consideres otra cosa.

- ¿Cuál?

- La manera como el cine nos ha influido a todos.

- ¿Tú crees que nos ha influido mucho?

- De modo determinante y definitivo. Ten en cuenta que, desde niños, nos hemos alimentado prácticamente de películas de todo tipo, que a nuestros hijos les ha sucedido lo mismo y que sigue ocurriendo aún hoy. Porque, dime: ¿Quién no cae en la tentación de contemplar alguna película cuando se sienta ante el televisor con algún tiempo por delante, o de grabarse una en el vídeo cuando no puede verla en su momento o, incluso, de alquilarla o comprarla?

- Sí. Eso es cierto.

- Nuestra manera de pensar y de ver las cosas a lo largo de la vida se ha ido acomodando a lo que hemos visto en las películas, porque ese es su veneno: Que uno se identifica con los protagonistas y hace suyos sus problemas y aprende sus lecciones, sean buenas o malas y que, en base a lo que le exhiben, va creando sus arquetipos de conducta. Y voy a hacer un inciso: ¿Cuál crees que era y es la finalidad del teatro, desde el Carro de Tespis hasta nuestros días? Pues, sencillamente, enseñar. Pero, ¿enseñar a qué? A vivir. Porque, al identificarse uno con los protagonistas, al vivir sus vidas, puede extraer las oportunas enseñanzas y, por tanto, adquirir experiencia, que es lo mismo que adquirir sabiduría. O sea que, el teatro, y por supuesto el cine, nos brindan la posibilidad de vivir varias vidas a la vez, la nuestra y las de los diversos protagonistas. Y vuelvo donde estábamos: Cuando niños, esos protagonistas del cine se nos aparecían como alguien a quien imitar para ser lo importantes que ellos eran. Y su manera de ser, de actuar y de pensar y hasta de beber y de fumar, es ya parte de nosotros...

- Si tú lo dices...

- No. Si yo lo digo, no. ¿Por qué fuma masivamente nuestra generación y, más aún, la de nuestros hijos? Porque todas las estrellas cinematográficas, sin excepción, fumaban y, lógicamente, eso las hacía más interesantes y, durante la juventud eso es lo que más se desea. Y ¿por qué se bebe tanto alcohol? Por la misma razón. Antes de haber cine se bebía muchísimo menos. Y ahora... y todo derivado de esa lección permanente de las películas.

- Es verdad, todos los héroes cinematográficos de mis películas, menos Tarzán de los Monos, por razones obvias, fumaban y bebían.

- Pues fijate qué casualidad. No sé si conoces la historia de Hollywood, pero es interesante. Por un lado porque más del noventa por ciento del cine que hemos visto y que seguimos viendo procede de allí y el resto sigue sus pautas.

- ¿Y por otro?

- Porque Hollywood fue el resultado de la agrupación en poco espacio de las primeras industrias cinematográficas de Estados Unidos, por allá por el primer tercio de nuestro siglo. Y, casualmente, una gran parte de los más importantes entre los primeros productores, empresarios, directores, actores y guionistas de Hollywood eran hebreos, casi todos de origen alemán.

- ¿Y qué?

- Pues nada. Que, como acostumbran cuando hacen algo, hicieron un trabajo impresionante, que aún dura. Y que, apenas percatados de la influencia que el recién nacido medio de comunicación podía ejercer sobre las masas, con la mejor intención y para evitar precisamente fomentar sin quererlo el vicio, la delincuencia, el incivismo, la indecencia o la inmoralidad, una de las bases que sentaron para desarrollar dentro de un marco predeterminado toda esa actividad, fue una especie de código tácito de conducta al cual fueron todos sometiendo sus productos - código que Hollywood ha respetado escrupulosamente hasta hace pocos años -, y entre cuyos preceptos estaba, por ejemplo, el de que nunca aparecerían en la pantalla desnudos integrales, ni personas haciendo el amor, ni matrimonios mixtos de blanco y negro(?), etc. y que - y esto es importante - el bien siempre terminaría venciendo y el mal siempre resultaría perdedor y, consecuentemente, el malo siempre sería debidamente castigado. Y que los protagonistas estarían siempre del lado del bien. Y así ha sido durante casi tres cuartos de siglo en que se han respetado esas normas que, últimamente han ido infringiéndose. Pero, curiosamente, se han ido infringiendo todas menos una: La del castigo del malo.

- ¿Y eso no está bien?

- Pues no. Porque el castigo de los malos supone que los buenos, o sean, los protagonistas, no tienen otra misión a lo largo de toda la película, más que la de matar al que mató, vengando con ello el daño que causó, pero no enmendando nada ni aportando nada constructivo. Nos hemos acostumbrado a que, paradójicamente, el "bueno" sea el que más odia y el que más mata, sin distinguir nunca si el delincuente lo es por falta de medios o de formación o simplemente por enfermedad mental, no: Es delincuente, luego hay que eliminarlo. Y, por supuesto, sin darle la oportunidad de arrepentirse o de mejorar; sin intentar comprenderlo o ayudarlo, es decir, erigiéndose los buenos - autocalificados buenos, claro - en acusadores, jueces y verdugos y sin reconocer, hipócritamente, que ellos, que tampoco son perfectos, no son tachados de delincuentes sencillamente porque sus faltas no las ha descubierto nadie o porque nadie se atreve a denunciarlas. Pero, entretanto, y eso es lo peor, vive lleno de odio y de desprecio en vez de dejarse guiar por la comprensión y, puesto que es, o se considera mejor, sembrar amor y simpatía. A estas alturas, nos parece todo eso tan normal que, si pasados los primeros diez minutos de película no hemos visto ningún asesinato o ninguna violación o ninguna violencia de cualquier tipo, nos parece que la película carece de interés y

se nos hace aburrida. Y, apenas aparece el "malo", ya estamos deseando que lo maten, con lo que el argumento, en realidad, sólo consiste en ver cómo se las compone el "bueno" para matarlo, con lo cual todos respiramos tranquilos.

- Pero eso es bueno ¿no?

- Para los partidarios de la Ley del Talión, al parecer, sí. Pero para nosotros, con formación cultural cristiana, no. Para nosotros, lo lógico sería que al "malo" se le tratase de comprender, de reconvertir, de darle más oportunidades para que arrime el hombro en la sociedad, pero no de matarlo. Lo lógico sería que se hablase de perdón, de comprensión, de fraternidad, de ayuda, de colaboración...y no de venganza, violencia ni desprecio. Lo que priva en el cine es, tristemente, la pura Ley del Talión con todas sus secuencias, incluida muchas veces la venganza de la sangre. O sea que, en el mejor de los casos, estamos otra vez en tiempos de Hammurabi, si no unos milenios atrás.

Y hay aún otro fenómeno no menos preocupante: Los habitantes de los Estados Unidos de América, descendientes en su mayor parte de europeos y, por tanto, de cultura cristiana, como consecuencia del cine, han acabado por creer que esa civilización de la violencia y la venganza es la suya. Y hasta a nosotros nos está también ocurriendo.

- Realmente es triste.

- Y tan es así que te voy a contar algo de mi propia vida y que demuestra cuanto te vengo diciendo: Cuando mi hermana y yo éramos niños, al llegar mi padre a casa después del trabajo, los dos corríamos a darle un beso. Pues bien, - y sin que yo pueda quejarme de mis hijos que, afortunadamente, me han salido maravillosos - cuando han sido pequeños y yo llegaba a casa de trabajar, ellos me esperaban agazapados tras algún mueble y..."me disparaban y me mataban". Y yo, tan imbuido como ellos por las películas, me hacía el herido, el moribundo o el difunto, según los casos, y el juego continuaba. Pero ¿por qué? ¿Por qué, tanto ellos como yo, considerábamos el tiro al padre tan normal como la generación anterior consideraba el beso al padre? Y ésa es la causa de tanta violencia existente en todos los campos de la actividad humana: La familia (¿cuántos divorcios y separaciones? ¿Cuántos maltratos a niños y a esposas?), el trabajo (¿Cuánta explotación?. ¿Cuánto odio? ¿Cuánta miseria? ¿Cuántas revoluciones?); la política (¿Cuántas mentiras? ¿Cuánta corrupción? ¿Cuánta defraudación? ¿Cuánta hipocresía?)...y, supongo que no hace falta que siga.

- No, no hace falta. Pero, ¿qué solución hay?

- Pues, la lógica. Volver al espíritu cristiano. Yo pienso que no es casual que la doctrina cristiana apareciera en Israel y se diera a occidente. Para mí, apareció en Israel, promulgada por un israelita, para completar, como Él dijo, la ley de Moisés, resumiendo los diez mandamientos en uno sólo: "*Ama a tu prójimo como a ti mismo*", sin distinguir si ese prójimo te ofende o no, ni si es de tu raza o no, para darle la ocasión de aprender que aquella Ley del Talión, que fue un adelanto en su momento, ya no lo era y se había convertido en una rémora para el progreso. Fíjate el esplendor de la Córdoba musulmana o del Toledo cristiano en la Edad Media. ¿Por qué? En ambos casos, porque las tres religiones, judaísmo, islamismo y cristianismo, convivieron en paz. Convivencia que terminó como todos sabemos cuando se dejaron de respetar las otras creencias.

- Tienes razón.

- Y, por otra parte, pienso que la religión cristiana se dio para occidente, para la parte llamada a dirigir el mundo en los milenios siguientes, la parte que iba a sobrepasar la ciudad-estado para concebir y crear el estado moderno y, después de él, los estados federales, donde esos sentimientos primitivos no son ya convenientes ni deseables. Y otra cosa quiero añadir: No veas en mis palabras animadversión alguna contra nadie. Sé, y creo firmemente, que todos somos hermanos.

- Pero ocurren cosas...

- En todos los pueblos y en todas las culturas hay fanáticos. Pero las facciones fanáticas de unos y otros, con todo el daño que hacen, no son significativas en ese aspecto. Lo significativo es el poso cultural, el concepto que se lleva dentro, del bien y del mal, de lo recto y lo que no lo es, del perdón y del castigo, de la paz y la violencia, de la justicia y la equidad... Son, como casi siempre, los prejuicios, las programaciones subconscientes los que nos hace actuar.

- ¿Y qué?

- Por tanto, nuestro futuro - y, mientras occidente dirija el mundo, el futuro del mundo - debe estar, al margen de que se crea o no en Dios y se practique o no una religión, en sacar a la superficie el poso cristiano que llevamos dentro. Ya está ocurriendo con las instituciones benéficas, nacionales e internacionales, las ONGs que todos conocemos y que no se fijan en la raza ni en el color o las creencias o ideas de los demás. Pero eso se está haciendo por unos cuantos, generalmente los más preparados en ese aspecto y que piensan como deben pensar. El gran problema está en la



masa que, alimentada permanentemente por el cine y su escala de valores, impropios de occidente y de nuestra cultura, se encuentra moralmente fuera de juego y, por tanto, perpleja. Fíjate cómo acepta las modas: Los pantalones vaqueros, las marcas, la música, la manera de divertirse, en una palabra, el "American way of life". Estoy seguro de que, con la misma unanimidad y empeño aceptarían otro mensaje consistente en la colaboración, la paz, el diálogo, la ayuda, la comprensión... ¿Te has dado cuenta de que cuando, de tarde en tarde, aparece una película con ese mensaje, aparte de que "todos" comenten que es una sensiblería y carece de interés, todos la ven? Pues ese debería ser nuestro cine, el de occidente, que hoy nos parece tan extraño. Hasta las películas para niños, hasta los dibujos animados predicán el abuso del fuerte, el desprecio del desvalido pero, sobre todo, la venganza, el ojo por ojo, y rarísimamente el perdón o la disculpa o la comprensión. ¿Qué se puede hacer? ¿Cuál es el final? Pues yo no veo más que dos finales posibles: El de que nos matemos todos unos a otros en una espiral de violencia, de competencia, de odio y de egoísmo y, sobre todo, de venganzas, de revanchas y de ajustes de cuentas; o el de que se produzca un milagro. Y, lógicamente, me inclino por éste último. Y, quizás eso sea lo que está empezando a ocurrir. De otro modo, diálogos como éste no tendrían lectores. Y cada día tienen más.

\* \* \*